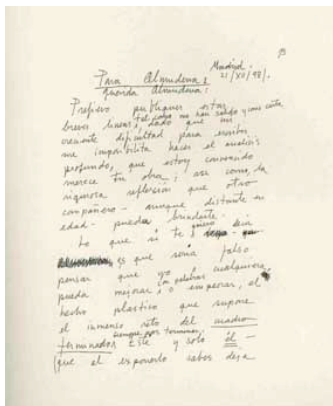


Para Almudena

Darío Villaba

Madrid, 21 diciembre 1998



Querida Almudena:

Prefiero publiques estas breves líneas tal como me han salido y como carta, dado que mi creciente dificultad para escribir me imposibilita hacer el análisis profundo, que estoy convencido merece tu obra; así como la rigurosa reflexión que otro compañero –aunque distante en edad– pueda brindarte.

Lo que sí te quiero decir es que sería falso pensar que yo o cualquiera pueda mejorar con sus palabras o empeorar, el hecho plástico que supone el inmenso reto del *cuadro terminado*, siempre por terminar. Este y sólo él –(que al exponerlo sabes deja de pertenecerte)– tiene *la última y única palabra válida*.

Tanto tú como yo, nos movemos y nos une –en espíritu– la trascendencia de expresarnos con las manos, para que a la postre, se disuelva en las retinas ajenas, lo que nosotros hemos dicho rotundamente buscando el deseado equilibrio entre la reflexión y el azar.

Tus fobias, amores, anhelos, polivalencias –con y en lo femenino: ¿cómo arrebató totalizador?– ¿dulce caricia dolorosa? se cristalizan; en la magia de tu coser – atar – desatar – pintar – negar y afirmar en un vehículo plástico que en tu caso ha encontrado la perfecta armonía entre la intención y el resultado.

Tu secreto, que espero siempre guardes, es el tremendo misterio de por qué estas presencias y no otras. ¿Por qué nos regalas estas grandes piltrafas, tiernas, perversas o agresivas, maduras y nostálgicas, y cuáles son las que guardas dentro de ti?

Ese es tu secreto.

Tu amigo

Darío Villaba
Madrid, 21 diciembre 1998

PD. No he olvidado lo importante que es la gran mentira del simulacro que a tantos nos desvela. La apariencia que lleva a la frívola lectura, humana y sobre todo plástica. El exterior es sólo la fachada del inmenso caudal del espíritu.